



Salón Selecto 2

SI
ME ABRES
TU
CORAZÓN



MARCIA COTLAN



¿Pueden dos almas decepcionadas del amor volver a sentir la emoción de un beso? ¿Es posible vencer los propios miedos cuando el precio es la felicidad?

Anthony Weller, marqués de Lansbury, se prometió a sí mismo que jamás se dejaría atrapar en la trampa de un matrimonio sin amor. Sin embargo, sus peores temores se verán puestos a prueba la noche que conoce a una joven que es todo lo que él desprecia.

Lady Fleur Thackary ha quedado marcada por un desengaño amoroso que ha condicionado su modo de ver a los hombres. Cuando una situación potencialmente escandalosa la obligue a estrechar lazos con el apuesto lord Lansbury, se verá envuelta en una misteriosa red de acontecimientos que pondrán a prueba a su propio corazón.

Una noche en un selecto salón que lo cambiará todo. Un hombre que luchará con todas sus fuerzas contra sus más tiernos sentimientos. Una mujer que tendrá que aprenderlo todo sobre el verdadero amor.

De nada sirve la obstinación cuando el destino te arrastra hacia la persona que estás destinado a amar.

Índice de contenido

Cubierta

Si me abres tu corazón

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Epílogo

Sobre la autora

Capítulo 1

Londres, 1842

Aquel era el último lugar en el que *lady Fleur Thackary* deseaba encontrarse. Sabía que toda la buena sociedad de Inglaterra aspiraba a entrar en el Salón Selecto, pues eso afianzaba su *status* como miembros de una minoría exquisita y privilegiada, pero la joven hubiera preferido estar en cualquier otra parte. Si había hecho aquel esfuerzo, era por el cariño que sentía por su amiga *Viola Murray*, ya que las patrocinadoras del Salón permitían llevar a un invitado a los bailes –previa aprobación, evidentemente–; y para la señorita *Murray*, hija de un nuevo rico, era un sueño acceder al baile. Si lograba casarse con un buen partido, podría introducir en esa misma sociedad a todos sus hermanos menores.

–Es más hermoso de lo que jamás imaginé –dijo *Viola*, paseando la mirada por los altos espejos, los pulidos suelos de parqué de roble y los inmensos cortinones color crema.

Fleur asintió. No había acudido con demasiada frecuencia a ningún tipo de reunión pues, durante los dos últimos años, había permanecido casi enclaustrada en la Escuela de Señoritas de *lady Acton*, en *Minstrel Valley*, lejos de Londres.

Viola miró a su amiga con preocupación. Se acercó a su oído y le susurró en un tono casi inaudible para la propia Fleur:

—¿Estás preocupada por si él aparece?

Las dos se miraron sin pestañear y en los ojos de la joven dama asomó una emoción muy similar al miedo justo antes de asentir. Ambas suspiraron y prestaron atención al baile. Ya había varias parejas demostrando sus dotes en la pista.

—No entiendo por qué las patrocinadoras de Almack's eran tan reacias a que en sus salones se bailara el vals. ¿Te parece un baile tan inadecuado? —preguntó Viola, tratando de cambiar de tema para entretener a su amiga y que esta dejara de lado los pensamientos que tanto la preocupaban.

Fleur fijó la mirada en la mano que los caballeros ceñían sobre las cinturas femeninas mientras bailaban. Las cosas habían cambiado en los últimos años, sobre todo a raíz de que la propia reina adorase bailar el vals y el resto del país lo aceptara sin rechistar, pero al principio resultaba un tanto escandaloso.

—Es bastante íntimo, en realidad, porque...

No pudo terminar de explicarse. Su hermana mayor, la vizcondesa Drixley, se acercó a ellas con su buen ánimo habitual.

—¿Se puede saber qué hacen dos jóvenes bonitas y solteras medio escondidas en este rincón del salón donde los caballeros no pueden verlas? —Aunque hablaba en plural y utilizaba un tono cortés, aquello era una regañina y estaba dirigida en exclusiva a Fleur—. Haced el favor de seguirme.

Ni siquiera esperó una respuesta, como si ellas no tuvieran derecho a negarse. Viola la siguió de buen grado. Fleur, como si la condujeran al patíbulo. Tal y como imaginaba, ese lugar privilegiado escogido por su hermana para ser vistas quedaba cerca de la entrada del salón de bai-

le, de modo que se le aceleraría el corazón cada vez que llegase alguien nuevo, creyendo siempre que se trataría del señor Turner, el hombre que le había robado el sueño durante los últimos cuatro años.

Justo en ese instante, un joven caballero, alto y apuesto, vestido de negro, entró en el salón flanqueado por dos hermosas damas. Todos ellos tenían el cabello y los ojos oscuros y se movían como si fuera de su propiedad aquello que pisaban. Las conversaciones cesaron al verlos y todo el mundo centró su atención en el trío.

—¡Válgame el cielo! —exclamó *lady* Drixley, sorprendida—. Esto sí que no me lo esperaba.

—¿Quién es él? —preguntó Viola sin apartar la mirada del caballero e ignorando a las damas que se encontraban a su lado.

—Es lord Lansbury, futuro duque de Carlton y el segundo mejor partido de Inglaterra, después de lord Fairfax.

—Oh, así que este es el marqués de Lansbury... No está claro que lord Fairfax sea mejor partido —informó Viola, con una seguridad pasmosa—. He sabido que el padre de lord Lansbury ha comprado recientemente todas las propiedades que los Vaughan se vieron obligados a vender en Brighton.

—¿Tan mal están los Vaughan? —preguntó Fleur preocupada, pensando en las jóvenes de esa familia con las que había compartido tantos momentos en la Escuela de Señoritas de *lady* Acton.

—Me temo que sí —dijo Viola con tristeza—. No quiero pensarlo demasiado o estropearé mi primer baile preocupándome por lo que les deparará el futuro a nuestras queridas amigas Mary, Diana y Beth.

Lady Drixley miraba atónita a la señorita Murray.

—¿Cómo puede estar usted tan bien informada, querida? ¿Sabe incluso más que yo de lo que ocurre en las grandes familias de nuestro país!

Fleur rio.

–Ya te acostumbrarás, Clarissa. Viola lo sabe todo sobre los jóvenes solteros más cotizados. Puede que no conozca sus rostros aún, pero al escuchar sus nombres, sabría decirte sin equivocarse cuáles son sus propiedades y sus rentas.

Viola sonrió antes de hablar de nuevo.

–Dígame, *lady* Drixley, ¿alguna de las jóvenes que acompañan a lord Lansbury es su prometida? Creo que es un hombre soltero, pero una nunca sabe...

–Oh, no. Solo son sus hermanas.

Se hizo un silencio entre las damas. Observaron cómo los hijos del duque de Carlton recorrían el salón hasta ocupar un lugar privilegiado al lado de un grupo de amigos que ya los estaba esperando.

Fleur contuvo el aliento al ver a lord Landsbury. ¡Madre mía, qué atractivo era! A pesar de su gesto demasiado serio y su mirada fría, ¡era perfecto! Su rostro, su altura y su porte la habían dejado tan impresionada que tuvo que decir algo negativo en voz alta para romper el hechizo.

–Parece que esté de luto –murmuró, sin apartar la mirada de él–, totalmente vestido de negro y con ese gesto tan sombrío...

Lady Drixley la miró con expresión de triunfo. ¡Nunca había escuchado a su hermana mostrar ni el más mínimo interés por ningún caballero! Después de aquella gran desilusión con el señor Turner, cuando casi era una niña, Fleur se había cerrado a la posibilidad de entregar su corazón de nuevo. El cerebro de *lady* Drixley empezó a trabajar de prisa para poder presentarlo ante los ojos de su hermana de manera que resultara atractivo.

–¿Te extraña? Vive en un tétrico castillo estilo Tudor en el lejano Cornualles, con un padre violento y el fantasma de una madre muerta prematuramente –comenzó a explicar, con teatralidad, para despertar su interés. Y lo logró.

–¿Una madre muerta? –Los ojos de Fleur se abrieron, llenos de curiosidad–. ¿¡Un fantasma!?

—Vaga por los pasillos del enorme castillo en el que viven. Varias criadas huyeron despavoridas tras haber visto y escuchado cosas extrañas en el que había sido el dormitorio de *lady* Carlton —continuó *lady* Drixley, usando el gusto de Fleur por las novelas góticas para despertar su interés por el joven marqués. Por supuesto, todo era una mera invención. ¿Fantasmas en Miravall Hall? ¡Qué locura! Pero mientras eso llamara la atención de su hermana pequeña...

El rostro de Fleur mostraba estupor. Dejó de mirar a su hermana y fijó su atención en el taciturno lord Lansbury. No creía que los fantasmas existieran más allá de las novelas, pero que un hombre arrastrara tras de sí semejante leyenda le resultaba fascinante. ¿Sabría él lo que se decía de su familia?

Continuaba impactada por su belleza masculina, a qué negarlo. Era muy alto, tenía los ojos negros y una nariz elegantemente aguileña. Alzaba las cejas cada vez que algo le contrariaba —lo veía a través de uno de los espejos de la sala—, y debían de contrariarle muchas de las cosas que había en aquel salón, porque Fleur lo había visto hacer este gesto en múltiples ocasiones. Sus labios eran gruesos, sensuales, aunque no parecían habituados a sonreír. Todo su rostro era atractivo, incluso con el ceño fruncido. El pelo negrísimo y un poco largo, hasta los hombros, le daba un aspecto fiero, a pesar de llevarlo peinado a la perfección. Era refinado, misterioso y parecía esquivo, como si estuviera acostumbrado a mantener a la gente a distancia. Nadie se atrevía a acercársele demasiado. Un par de madres hicieron el intento de presentarle a sus hijas, pero desistieron cuando, desde la distancia, él las miró de manera seca y cortante.

El escrutinio de la joven fue tan rapaz, que lord Lansbury pareció notarlo, y dirigió hacia ella una mirada penetrante que la paralizó. Sus ojos se cruzaron justo un instante fugaz y el contacto se rompió tan pronto como él alzó

una ceja con desdén y miró a un caballero de su grupo que observaba a Viola con insistencia. *Lady Drixley* también se percató de ello.

—Querida señorita Murray, parece que tiene usted un admirador. —Se acercó a ella y continuó hablando con tono más íntimo—. Se trata del conde de Rothwell. Un gran partido, sin duda, pero no se deje engañar por su encantadora sonrisa. Es un poco granuja y pierde pronto el interés por las empresas que le resultan demasiado fáciles, ¿comprende lo que le quiero decir?

Viola asintió con una sonrisa. Sus mejillas se sonrojaron de pura emoción.

—Oh, Dios mío, lord Rothwell viene hacia aquí —dijo en un balbuceo.

* * *

Lord Lansbury había acudido al Salón Selecto a regañadientes y por orden de su padre. Alguien debía acompañar a sus hermanas, ya que el anciano volvía a estar postrado en la cama por culpa de aquel terrible dolor de huesos que lo aquejaba desde hacía dos años. Sus bramidos atronadores asustaban a las criadas y tenía con los nervios de punta a Susan e Isobel. Él era diferente. Hacía mucho tiempo que había aprendido a que el mal carácter y los pésimos modos de su padre no lo perturbaran, pero adoraba a sus hermanas y estaba deseando que se casaran y se alejasen del anciano. *Lady Susan* encontraría pronto un marido, con toda seguridad. Era hermosa, de carácter dulce y recibiría una dote muy elevada que sería del agrado de cualquier caballero. *Lady Orwell* lo tendría más difícil, no solo porque era viuda, sino porque estaba locamente enamorada de un Vaughan y su padre jamás le permitiría casarse con un hombre arruinado, ni ella aceptaría a otro por esposo.

Lo que no sabía lord Lansbury era que su padre no había sido del todo sincero. En realidad, el anciano quería evitar el viaje de innumerables horas en carruaje desde Cornualles hasta Londres. Sus dolores habían vuelto, era cierto, pero habría acudido a la ciudad si allí le esperara algo más atractivo que un simple baile. A su edad, gustaba más de las apuestas y los naipes que de las mujeres y las conversaciones con otros caballeros tan ociosos como él.

Cuando lord Lansbury y sus hermanas entraron en el salón, se hizo un silencio sepulcral e incómodo. Él no lograba acostumbrarse a que ese tipo de cosas ocurrieran cuando hacía acto de presencia en algún lugar. Le había preguntado a lord Fairfax en el club, dos noches atrás, si iría aquel martes al baile, y este le había dicho que no. Eso complicaba las cosas. Cuando Fairfax y él coincidían en los lugares, los padres con hijas casaderas se repartían entre ambos, al considerarlos los mejores partidos de Inglaterra. En aquella ocasión, todos lo molestarían a él, de modo que ensombreció aún más su rostro, ya de por sí serio en exceso, tratando de mantener la distancia con el resto del mundo.

Por fortuna, vio de inmediato una cara conocida, la de su amigo lord Rothwell, y se dirigió hacia el grupo con el que este se encontraba. Saludó a todos con una leve inclinación y se colocó de espaldas al salón de baile, ya que frente a él se encontraba un espejo con el que podía controlar a los asistentes. Ni siquiera por curiosidad ojeó a las damas. Tanto ellas como sus familias se esforzaban tanto en hacerse visibles para él que conseguían el efecto contrario: el deseo de hacerlas desaparecer.

Habló de temas sin importancia con lord Rothwell hasta que vio que este prestaba demasiada atención a alguien que estaba a sus espaldas. Miró a través del espejo quién era la afortunada que captaba su atención —porque solo una mujer podía abstraerlo tanto—, y se topó con una

joven rubia de grandes ojos castaños, bonita a rabiarse, que lo miraba sin disimulo alguno y con el ceño fruncido, como si él fuese un espécimen de laboratorio. Dio media vuelta para enfrentarla y que la joven se avergonzara al ser cazada observándolo, pero ni siquiera se inmutó cuando él le clavó la mirada, de modo que la retiró, no fuera a creer que estaba interesado en ella.

–Perdóname, Lansbury. Acabo de ver una flor nueva en el jardín y siento la imperiosa necesidad de que seamos presentados. –Lord Rothwell mostró una sonrisa que casi parecía inocente.

–¿Te refieres a la rubia del vestido azul? –quiso saber él, para comprobar si era la misma que había estado mirándolo.

Rothwell buscó a la joven de la que hablaba el marqués y sonrió.

–No. Hablo de la morena que está a su lado. La rubia a la que te refieres es la hija pequeña del marqués de Thackery, *lady Fleur*. –Le guiñó un ojo—. Entiendo que haya llamado tu atención. Y no solo es hermosa, además. Os llevaríais bien. Es una lectora voraz. Mis hermanas la conocen bien.

–No es de mi interés en absoluto, ¿de dónde sacas eso? –se apresuró a explicar—. Simplemente creí que era la dama de tu elección.

Rothwell sonrió de nuevo antes de despedirse con una inclinación de cabeza y acercarse a la joven que había llamado su atención.

El marqués vio entonces a lo lejos a su tía paterna, *lady Cornwick*, una de las patrocinadoras del Salón Selecto. Supo de inmediato lo que se avecinaba para él. La dama se le acercó despacio, pero no porque los años hubieran mermado su agilidad, sino porque quería dar tiempo a los asistentes al baile para que pudiera apreciar el extraordinario collar de rubíes del que todas las damas hablaban

desde hacía dos décadas, cuando su esposo se lo regaló tras el nacimiento de su único hijo.

–Mi querido Anthony, acompaña a tu anciana tía que hace siglos que no te ve y te extrañaba. –Ese fue su saludo. Se lo llevó aparte para que nadie más los escuchara. Bajó la voz–. Tus hermanas ya están bailando, por lo que veo. ¿A qué esperas tú? Esta noche puedes elegir entre lo más granado de la sociedad, y bien sabes que, si no te casas, querido, tu padre tomará una decisión drástica respecto a tu hermana Susan.

–Basta, tía –respondió él en tono cortante.

–Dejaré de insistir cuando cumplas con tu obligación. Si tu madre aún estuviera viva...

–Si mi pobre madre no hubiera muerto, le diría lo mismo que le digo siempre a usted y a mi padre: olviden sus planes de casarme. Eso no ocurrirá. O, al menos, no ocurrirá con una de esas damitas que insiste en meterme por los ojos. En cuanto a Susan...

–Anthony... –Lady Cornwick cambió su tono de voz a uno mucho más condescendiente, casi como si hablara con un niño–. Si no te casas y no tienes descendencia, serán los hijos de tu primo Robert los que lo hereden todo, y en el momento en el que tu padre se dé por vencido contigo y comprenda que no te vas a casar, será tu hermana Susan la que se casará con Robert, para asegurarse de que uno de los nuestros sea el futuro duque de Carlton. ¿Quieres ver a nuestra pequeña Susan desposada con ese...?

–¡Basta! –dijo entre dientes, molesto. Forzó una inclinación de cabeza y se alejó del salón. Necesitaba huir de allí.

Buscó refugio en una de las salitas que se utilizaban en ocasiones para beber y hablar, lejos de la música y del baile. Tal y como deseaba, no había nadie. Se sentó en el sofá que había frente al fuego y daba la espalda a la puerta. El calor lo amodorró –la noche anterior había salido hasta

tarde con lord Montgomery, al que conocía desde sus años en el colegio de Eton, y la noche había resultado bastante divertida—. Acabó recostándose cómodamente y trató de buscar una solución a su problema: cómo evitar el matrimonio y, al mismo tiempo, que eso no condenara a su hermana pequeña a una unión con su despreciable primo Robert.

Capítulo 2

Fleur, que conocía bien a su amiga Viola, era consciente del nerviosismo que esta sentía en aquel instante. Lord Rothwell era un joven atractivo, pero ese no era el motivo de que la señorita Murray temblara. La perspectiva de resultarle interesante al miembro de una familia tan importante era lo que de verdad la motivaba. Fleur no la entendía, pero tampoco la juzgaba. Si algo había tenido claro desde que era apenas una niña, es que solo se casaría si amaba locamente a su futuro marido y este también la amaba ella del mismo modo, pero Viola había decidido casarse con el hombre adecuado y, solo después, enamorarse de él. «Como si uno pudiera darle órdenes al corazón», pensaba la dama.

–*Lady Fleur, lady Drixley*, qué grata sorpresa encontrarlas hoy aquí –saludó el joven, sin apartar durante demasiado tiempo la mirada del verdadero objeto de su interés.

–Para mí también es una alegría verlo, lord Rothwell. He sabido que su padre se ha restablecido de su caída de caballo –dijo la vizcondesa con amabilidad, estirando un poco más el momento de anunciar el nombre de aquella a quien el caballero había venido a conocer–. Permítame que le presente a una buena amiga de nuestra familia que está pasando una temporada con nosotros, la señorita Murray.